

Problemas actuales de la enseñanza española *

ANTONIO TOVAR LLORENTE

I. PERFIL DEL SIGLO XX

Día a día apunta una preocupación nueva: el aumento de población de nuestro país. Este repercute en todo, y no en último lugar en la población escolar. En esta última el crecimiento está determinado no sólo por la progresión demográfica, sino también—y el hecho tiene sus matices positivos—por la mejora del nivel de vida en muchas capas sociales y por la creciente dificultad de colocarse que las nuevas generaciones hallan.

Evidentemente, el número de alumnos que tenemos en la Universidad es una prueba de que el país en su conjunto ha subido de nivel económico. Ello constituye un problema del que no podemos desentendernos. No incurramos en la cobardía y la ceguera de ir a dar en un *numerus clausus*. Tampoco creamos que esta masa de estudiantes puede ser encauzada de modo útil en las carreras tradicionales y casi exclusivas de médico y abogado. Pensemos que nos hallamos en el siglo xx, y pasados sus mediados.

En efecto, el siglo xx, que comenzó con cierta timidez, que sólo de una manera destructiva parecía oponerse al xix, y que ha vacilado en su faz hasta estos últimos tiempos, ha tomado ya su perfil de manera terminante.

Hace unos años todavía se presentaba a nosotros el siglo xix como el de las grandes conquistas técnicas, movidas por el vapor y la electricidad, y legándonos, casi a punto de utilización, el propio motor de explosión, que parecía la característica de nuestro tiempo. Hace algún tiempo, me acuerdo, Pío Baroja reaccionaba indignado contra la frase que calificaba al xix de "estúpido", y desafiaba a nuestro siglo para que opusiera sus conquistas a las del así calificado.

* Aunque es criterio de nuestra REVISTA publicar solamente artículos de autor castellano rigurosamente inéditos, en la presente ocasión nos honramos en reunir en estas páginas los cuatro artículos que, bajo el título general de "Problemas de enseñanza", aparecieron sucesivamente en el diario madrileño Arriba, debidos a la firma de nuestro colaborador don ANTONIO TOVAR. La personalidad docente e intelectual del rector magnífico de la Universidad de Salamanca y el extraordinario interés de los temas planteados en estos trabajos justifican la reproducción de estos textos, publicados en los días 4, 5, 6 y 8 del pasado mes de enero.

Pero hoy, otra nueva serie de insospechadas conquistas técnicas está cambiando profundísimamente la vida de la humanidad, y los progresos de la física en el campo nuclear y en el de la energía cósmica; de la química en la producción de síntesis y en las consecuencias de la macromolécula; de la biología, sin recordar sino los aspectos más evidentes de la aplicación a la medicina, que han tenido por tangible consecuencia la prolongación considerable de la vida de los humanos, con enormes presiones demográficas, obligan a un cambio en las estructuras sociales. El siglo xx ha tomado su faz definitiva, puede codearse en materia de descubrimientos geniales con su antecesor, y justificadamente los técnicos y los sabios hablan de que estamos asistiendo a una segunda revolución industrial.

Si la primera revolución industrial, que comienza con las primeras máquinas de vapor en Inglaterra hacia fines del siglo xviii, transforma completamente la estructura económica del mundo, justifica y explica las revoluciones políticas del siglo xix y da la razón de fenómenos como el cambio de densidad en la población de Europa, evidentemente que esta segunda revolución industrial a que estamos asistiendo ha de producir fenómenos formidables para los cuales tenemos que prepararnos.

La manera primera de prepararnos es adaptar a las nuevas generaciones a esta nueva situación. Por consiguiente, hemos de preocuparnos de la formación profesional y de la educación técnica de los jóvenes.

Entre paréntesis quede dicho que el progreso formidable de la técnica, y su repercusión en la demografía, impone como característica de nuestro siglo una socialización, y socialización no ya a consecuencia de unos principios políticos de carácter más o menos utópico y que van acompañados de una mística y de una revolución sangrienta en su implantación, sino resultado de que la humanidad, acrecida en número y obligada a distribuir entre más los bienes económicos, se encuentra obligada a organizarse de manera menos improvisada. Es curioso que los países tradicionalmente más individualistas, los anglosajones, precisamente a la cabeza de la primera y de la segunda revolución industrial, sean países que a nosotros, los españoles, que vivimos en una etapa económica más atrasada, nos parezcan, aun Norteamérica (por no hablar de Inglaterra, con su legislación laborista no derogada), países socialistas, organizados de una manera social.

Podemos, pues, afirmar que en la segunda mitad de este siglo nos encontramos con que ha cambiado profundamente, por consecuencia de la técnica y de la demografía, la fisonomía de nuestro tiempo, aún vacilante, insegura y contradictoria en la primera mitad. Con estos éxitos materiales, que debemos al progreso científico, y que se manifiestan en las conquistas técnicas, se supera una situación que por reacción caracterizó los primeros tiempos de este siglo, y tuvo sus manifestaciones visibles en las inquietudes religiosas y antiprogresistas de escritores y filósofos de aquella época, como nuestro Unamuno o André Gide o Papini.

La planificación, el optimismo, el progresismo, triunfan ahora de nuevo, y basadas en éxitos colosales, como triunfaron en el siglo XIX. Nosotros estamos convencidos de que nuestros descendientes disfrutarán todavía de más ventajas que nosotros, debidas al continuo progreso técnico, e impuestas mediante una organización planificada y optimista que cada vez resolverá más problemas. Hasta el escalofrío periódico que sentimos ante el peligro de las explosiones atómicas y sus terribles consecuencias para la especie queda compensado por el orgullo de medir la colosal potencia humana.

Los organismos sociales que, de una manera romántica, se consideraban como resultado de una evolución larga e irracional, consecuencia de cambios que escapan a la dirección y control de la razón humana, hoy se presentan en gran parte como una creación sobre la cual puede actuar la planificación. Una sociedad socializada, casi sin clases, es la característica no sólo de Rusia (donde, además, hay clases, una clase obrera privilegiada como respuesta tardía a situaciones anteriores), sino de los países más adelantados industrialmente. En éstos el nivel de vida de las clases antes desposeídas ha sido elevado muchas veces, no ya a consecuencia de la lucha de clases, sino conscientemente por los mismos empresarios capitalistas, que han comprendido que muchas veces necesitan aumentar el mercado interior convirtiendo al productor en un consumidor capaz.

El hecho, que se nos cita con demasiada frecuencia, de que el obrero en Norteamérica (o en Suecia o en la Alemania hitleriana) tenga su automóvil o su frigorífica, es consecuencia de la necesidad de producción en masa, con lo que estos productos, que antes eran de lujo, han de ser puestos al alcance del gran número, y así se llega a una verdadera revolución social, donde las diferencias de clase quedan atenuadas, de una manera evolutiva y como consecuencia de la realización de un programa técnico y de una planificación del consumo.

Pues la posguerra de la segunda mundial ha enseñado a los hombres que cabe resolver, mediante el estudio, la planificación, la estadística, las máquinas electrónicas, muchos problemas que no se supieron resolver al día siguiente de la primera guerra mundial. Las formidables catástrofes, inflaciones e inseguridad económica que agravaron la situación en muchas partes de él después de la guerra de 1914, se ha evitado o atenuado en gran medida en la segunda posguerra (salvo donde fué impuesto como represalia de modo intencional); de modo semejante, los progresos de la sanidad han podido detener, al día siguiente de la

conclusión de la guerra, epidemias y desastres que todavía en los años que siguieron a 1918 causaron más mortandad que la propia guerra.

El progreso desde 1918 a 1945 ha sido en lo material tan grande, que podemos demostrarlo basados en esas manifestaciones absolutamente tangibles. Hemos aprendido que la economía planificada, la economía intervenida, comienza a no ser una utopía. Empiezan a no ser necesarios medios primitivos para intervenir en la economía, como eran poner una guardia civil o un inspector para cada camión de cereales o de aceite. Se aplican medios cada día más perfeccionados: la intervención en los mercados de modo indirecto, la previsión basada en cálculos estadísticos, el desarrollo rapidísimo de una verdadera ciencia económica. Así se llega por los Gobiernos a manejar la economía del país de una manera mucho más eficaz que con el simple empleo de la fuerza. Esto significa que los poderes públicos tienen en sus manos resortes sociales que no tenían hace sólo treinta o diez años.

Por otra parte, este poder enorme en los órganos de gobierno, que nunca había existido en la historia de la Humanidad, permite se desarrollen unas potencias políticas colosales que alteran profundamente el concepto de Estado nacional, el concepto de independencia al modo nacionalista, y cristalizan las formidables alianzas que capitanean Norteamérica y Rusia. Ello también es nuevo en la Historia universal.

Frente a este panorama de la realidad actual, tenemos que reconocer, y nuestra obligación es afirmarlo de la manera más terminante, que España está muy atrasada. No hay que ser optimistas en este respecto. Yo creo que si se hace un estudio de nuestra economía la encontraremos como la de los países de Europa occidental hace medio o un siglo. Nuestra industria comienza a desarrollarse, se está creando un capitalismo que no existía antes, y que seguramente es anacrónico en la evolución actual. Seguramente estamos pasando de modo necesario e inevitable por una etapa que no habíamos vivido, y sin la cual no podríamos dar un nuevo salto hacia adelante. Preocupaciones como la realización de grandes obras públicas, así los pantanos, o el desarrollo de industria pesada vital para el país, son problemas que los países occidentales tienen resueltos desde hace mucho tiempo. Mas para nosotros son empresas absolutamente necesarias, que gravitan sobre nosotros, que tenemos que pagar, cuando debieran haberlas pagado nuestros padres y abuelos.

He aquí un aspecto de la situación atrasada, en que nos encontramos frente a nuestro siglo. Ante esa situación de atraso entran en crisis ciertas ideas y tópicos que todavía le gusta a la gente discutir, como si fueran temas académicos. Por ejemplo, si no es mejor la iniciativa privada que la estatal.

Evidentemente que donde funciona una iniciativa privada activa, creadora, infatigable, ni se plantea la necesidad de una iniciativa estatal. En los Estados Unidos, por ejemplo, los aviones o los acorazados son contruidos por empresas particulares. Hay organizaciones capitalistas tan fuertes, que son capaces de estas realizaciones gigantescas, y el Gobierno no tiene más que encargar a la fábrica la realización de tal unidad o tal tipo; ello no ocurre en Europa, ni aun en los

países de más tradición individualista, como Inglaterra.

Aquí, en nuestro país, la verdad es que nos han faltado las empresas capitalistas capaces de grandes creaciones, y ahí está nuestra pobre vida económica para probarlo. Ante este hecho, seguramente con más coste, puede que administrando peor, ausente toda otra iniciativa, llega la actividad del Estado. Cuando se habla de iniciativa privada tenemos que recordar aquella contraposición que José Antonio Primo de Rivera hizo entre el capitalismo creador y gigantesco que capitaneó el desarrollo de Inglaterra, Alemania, Francia, los Estados Unidos, a lo largo del siglo XIX, y nuestro pobre capitalismo, modesto capataz del capitalismo extranjero, capaz de entregar las minas o los centros vitales y resignado a cobrar su corretaje. Después de ello, es muy posible que tengamos que reconocer que, con todos sus inconvenientes, una gestión directa del Estado sea en muchos aspectos eficaz. Supliendo a una inexistente iniciativa privada, el Estado ha ido compensando muchos aspectos del atraso económico que ahoga nuestra vida nacional, y ahí comienza la vía que puede llevarnos un día a compensar el atraso social en que vive nuestro país.

Mas nos nos alejemos de nuestra preocupación, y veamos cómo en el campo de la enseñanza se nos muestra uno de los puntos más vulnerables del frente de atraso que nos preocupa cuando pensamos en el porvenir de la Patria.

II. ADAPTACION DEL PAIS A UN MUNDO NUEVO

Nuestro siglo está presenciando un cambio completo en la vida de la Humanidad, mientras en España el atraso técnico mantiene unos tipos de vida relativamente arcaicos. En medio de ellos mucha gente se obstinará en negar que lo son, pero basta reflexionar y sobreponerse a las impresiones cotidianas para darse cuenta de que la llamada segunda revolución industrial está en marcha.

Ella permite no sólo acercar unas a otras las viejas clases para repartir más las comodidades de la vida, sino incluso hacer desaparecer ese tipo humano lleno de fuerza y virtudes, el campesino, que hasta ahora ha luchado más con los brazos y el saber tradicional que con las máquinas y la previsión y la estadística.

La nueva etapa se ha manifestado, como suele ocurrir, en una guerra. Las guerras son un mal, y hasta si las consideramos como un elemento de progreso hay que reconocer que cuestan cada día un precio más caro; pero es innegable que sirven para acelerar muchas conquistas de la humanidad. Durante la segunda guerra mundial, uno de sus más agudos observadores, el escritor Curzio Malaparte, anotó, con mucha razón, que en el choque de alemanes y rusos en el frente oriental se acusaba un trascendental cambio, que explicaba la desaparición de la guerra de trincheras y su sustitución por la de rápidos movimientos a base de tropas mecanizadas. Ello era porque, a diferencia de la guerra del 14, ya no se enfrentaban campesinos con campesinos, sino obreros con obreros, tractoristas con metalúrgicos. Obreros mecánicos manejando camiones y tanques tenían que hacer una guerra de tipo

completamente distinto de la que hacían los labriegos de la primera guerra mundial. Se acusaba ya aquí un tipo evolucionado de sociedades, y Curzio Malaparte lo descubría agudamente.

El progreso industrial significa una etapa de cambios profundísimos. Se prevé, por ejemplo, la posibilidad de reducir la jornada de trabajo a cuarenta, a treinta y seis, a treinta y dos horas semanales. Ello ocurre porque las máquinas hacen cada vez más cosas que hacían los hombres, y el hombre corre peligro de ser desplazado, si no lo preparamos para hacer máquinas y para manejarlas.

Surge un real peligro de paro en inmensas proporciones allí donde la industria no pueda absorber un excedente de brazos. Un profesor de Harvard, Norbert Wiener, ha escrito un libro sobre cibernética justamente celebrado y famoso, donde, bajo el título de *El uso humano del ser humano*, se trata del problema de la distribución de esfuerzos entre el hombre y la máquina. Quiero recordar de este libro unas palabras que deben preocuparnos a los españoles, y que dicen así: "Muy pronto, el que no tenga para ofrecer más que sus brazos, nada tendrá que ofrecer." Esto quiere decir que el trabajo del peón, del obrero no especializado, vale ya poquísimo, y cada día valdrá menos.

Han comenzado a llegar máquinas que en ciertas obras, como la construcción de aeródromos o de autopistas, o en la misma agricultura, hacen ellas solas, comodísimamente y manejadas por un par de mecánicos, el trabajo de medio centenar de peones: trasladan tierras de una parte a otra, excavan con rapidez increíble y hacen trabajo que sería obstinación y atraso pretender que se siguiera rindiendo con pico y pala y espuelas. Está bien que el peón quede libre de este trabajo rudo, como estuvo bien que el molino, que antes se movía con fuerza animal o con brazos humanos, en los albores de la Edad Media se transformara en máquina movida por agua. Pero ello plantea el problema de que el país deficientemente industrializado quede casi completamente en paro, sostenido por un tipo de trabajo que forzosamente tiene que pagarse mal, porque vale poco.

Lo mismo que se abandonó el molino de mano, habrá que abandonar muchos de estos trabajos duros y aun crueles para el trabajador, y habrá que confiárselos a la máquina. Pero entonces habremos de trasladar a esos hombres, materialmente pasarlos de un lugar a otro, y habremos de preocuparnos de que se preparen para ser útiles de otra manera, precisamente mediante una adecuada instrucción técnica, mediante una formación profesional. No acometer ésta equivale a dejar en paro a estos miles y millones de hombres. He aquí un problema nacional de primer orden.

Quizá el más grave problema en nuestra educación, en cuanto se traspasa el umbral de la escuela primaria. Nos faltan posibilidades de educación técnica en las clases sociales inferiores, porque también esas posibilidades son estrechas en las clases superiores.

Tradicionalmente, por lo menos desde el siglo XVI hasta ahora, los españoles hemos sido bastante ciegos para la Naturaleza. El memorismo, la escolástica, la abogacía, las oposiciones, han cegado la mirada del español. El caso de Cajal no es más que la excepción. Los españoles somos más hombres de libros que hom-

bres de realidad. Hemos brillado en la creación artística, en la literatura, en el Derecho y en la Teología; pero si repasamos nuestra historia cultural encontramos que los dominadores de la Naturaleza, los observadores, los técnicos, son bastante raros.

Un colega de mi Facultad, interesado en la vida popular, en lo que hoy son antiguallas tradicionales, y antaño fueron los albores de la técnica moderna, me contaba que en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, tan rica en obras de Teología o de Derecho, no existe ninguna obra de técnica de las impresas en el siglo xvi. Nada se halla sobre los molinos, los batanes, las norias y castillos de agua; nada, en fin, sobre las máquinas de entonces.

Esto corresponde muy bien al hecho de que cuando Carlos V o Felipe II tenían que resolver algún problema técnico, como subir el agua a Toledo, o construir las fortalezas costeras de España o sus Indias, se veían obligados a acudir a italianos, por ejemplo, como Juanelo o Torriani. También eran muchas veces extranjeros los que actuaban como ingenieros en las filas de los tercios que luchaban en Flandes.

Si ello es un mal congénito, poco podemos hacer. Pero yo pienso que hay, sobre todo, un prolongado defecto en nuestra educación, porque recordemos que unos pocos años antes de que Carlos V o Felipe II tuvieran que traer esos técnicos de fuera, el Gran Capitán inventaba la ingeniería militar. Y en las ásperas soledades de América, los españoles se enfrentaban con la Naturaleza y descubrían técnicas de minería o aprendían a observar las virtudes de hierbas y piedras.

Nuestro problema es hoy mucho más grave, pues la educación técnica ha de extenderse numéricamente a la mayoría de los trabajadores del país, y el número de especialistas superiores que tenemos en las distintas ramas es absolutamente insuficiente. Ahora el problema está ya en la calle, y el progreso que la segunda guerra mundial ha acelerado acusa gravemente nuestro déficit de técnicos.

El avance de nuestra industrialización ha sido impuesto por las mismas circunstancias. El aislamiento, tan duro en unos aspectos, nos fué beneficioso en otros, a lo largo de los años de nuestra posguerra. Hoy tenemos una industria química de cierta importancia, y se fabrican, además, artefactos que antes de nuestra guerra civil no se fabricaban, y ello hace resaltar más el déficit de educación técnica en todos los grados.

No se trata de entrar ahora en una polémica que justificadamente está viva, y que es vidriosa en los aspectos en que roza intereses profesionales. En la polémica se han dado cifras que al observador desapasionado lo inclinan a reconocer que en el personal técnico en sus diferentes grados no se ha desarrollado nuestro país de acuerdo con las necesidades y de acuerdo con el incremento de población. Empequeñeceríamos el problema si lo redujéramos a una simple agresión contra grupos sociales, como queda empequeñecido también si se enfoca desde el punto de vista de la defensa de intereses profesionales.

El planteamiento del problema, por lo demás, es grave, ya que responde a una idiosincrasia nuestra arraigada en hábitos administrativos por lo menos

desde el siglo xvi o el xvii. Los españoles tendemos a evitar en el campo profesional la competencia y lucha, y ello hay que reconocer que no es sólo privativo de los ingenieros o arquitectos (aunque ello a mediados del siglo xx sea de especial e intolerable agudización), sino que se extiende a todas las profesiones en mayor o menor grado. Las profesiones, cuanto mejor remuneradas y más prestigiosas, se rodean de terribles procedimientos selectivos: puertas estrechas, exámenes de ingreso, oposiciones, que una vez superados permitan al feliz ciudadano que ha pasado la barrera dedicarse muy tranquilamente, y a la sombra de toda amenaza, al tranquilo disfrute de su sinecura.

Ello ocurre también en la Universidad. Los catedráticos adquieren asimismo por la oposición una sagrada e inviolable investidura, mediante la cual se llegan a sentir no sólo catedráticos en propiedad, sino incluso propietarios de la asignatura. No es raro el caso de que un catedrático se queje de cómo siendo él el titular de tal o cual materia, se le ocurra a otro dar una conferencia o realizar una experiencia u operación entremetiéndose en lo que siente como un sagrado dominio. El contraste es grande con lo que ocurre en otros países, donde en la Universidad pueden tener voz, y la tienen de hecho, especialistas que si no son aún el catedrático están en camino de serlo, y en esta estimulante competencia se preparan, y, a la vez, movilizan al que se sienta inclinado a dormir en su sillón titular e indiscutible. Puede ocurrir que la Universidad abra sus puertas a un docente que sin retribución estatal, quizá percibiendo el importe de las matrículas de sus oyentes que la Universidad le concede, enseña, con la misma validez que el titular, esta o la otra materia. La cátedra no autoriza para sentirse propietario de una asignatura. Sentirlo así es incurrir en el mismo defecto de las profesiones privilegiadas, cuya nivelación es urgente y necesaria en nuestro país.

Pero tal mentalidad es la que explica la existencia de profesiones bien remuneradas y bien defendidas por su barrera de oposiciones que se obstinan en no reconocer la realidad del incremento de población de España y en no adaptarse a una nueva época.

El problema de que no tengamos suficientes trabajadores especialistas en cada uno de los grados es correlativo de la amenaza de paro que gravita sobre el simple trabajador, que no tiene para ofrecer otra cosa que sus brazos.

III. LA JUVENTUD, ANTE PUERTAS CERRADAS

Hemos comenzado una crítica de la mentalidad defensiva y cerrada de ciertos cuerpos técnicos, situándola en el ambiente español, en el que otra serie de profesiones (generalmente las mejor remuneradas) procuran también escudarse en semejantes barreras de oposiciones, pesadilla de nuestra juventud, que mantienen celosamente unos números que eran los correspondientes a un país con ocho o diez millones de habitantes menos. Abogados del Estado (sin incompatibilidad para ejercer privadamente), registradores de la Propiedad (no residentes), notarios... tienen en este

punto una mentalidad acorde con la de los ingenieros, y se me creará honradamente si digo que no es por resentimiento personal ni manía contra tan honorables profesiones, por lo que me creo en el caso de hablar en defensa de los centenares de jóvenes españoles que esperan años y años en la descorazonadora antesala de los exámenes de ingreso o de las oposiciones, a que acuden en la proporción de ochenta o cien por plaza convocada.

No se trata, pues, aquí de atacar a ninguna profesión, sino de ver en muchas de ellas esa idiosincrasia nuestra o esa costumbre arraigada desde siglos, que limita el número de los profesionales avaramente, o demarca las farmacias por metros o hace a los veterinarios dueños exclusivos de un partido.

En el ejercicio de la medicina ya estamos cerca de esto también. La intervención gubernamental en cualquier profesión o función social, sea por razones de progreso o por circunstancias de momento, nos lleva en España a considerar la clientela como una especie de reparto que se le atribuye al profesional. La comparación de los vales de racionamiento usados en Europa durante la guerra mundial, con los corrientes entre nosotros, nos enseña a descubrir que nuestro sistema repartía la clientela entre los comerciantes. Nuestro vale no era un cupón de 100 gramos de pan o de carne, sino que sólo los valía en determinada panadería o carnicería. Cambiar de proveedor representaba pasos complicados y penosos en las oficinas estatales. Quedaba así eliminada toda posibilidad de competencia, y prácticamente no podíamos defendernos del proveedor sin escrúpulos con la amenaza de dejar de ser su cliente. Hasta hace bien poco, la instalación de una nueva panadería en una aldea requería autorización de los ingenieros de la Jefatura de Industria, aunque el "industrial" aldeano fabricara pan por los mismos procedimientos que Noé.

Se refleja en todo ello esa mentalidad que todos tenemos, tendente a sentir nuestra profesión como concedida por real patente, propiedad sagrada, dentro de la cual nos sentimos seguros y no toleramos la competencia.

Las consecuencias son malas, pues se anula todo estímulo. La frase de que después de ganadas unas oposiciones o hecho el examen de ingreso se puede descansar el resto de la vida no es, desgraciadamente, un mero chiste.

Instituciones semejantes al Seguro Médico existen hace tiempo en otros países. Obedecen a una tendencia incontestable en nuestra época, que pretende hacer accesibles al mayor número posible de humanos las conquistas de la civilización. No nos oponemos a esta corriente, y hasta somos partidarios entusiastas de ella. Pero comparemos nuestras organizaciones con las de otros países. También aquí el espíritu cerrado y sin competencia, que aminoró o destruyó la eficacia de nuestro sistema de racionamiento, ha penetrado. El Seguro en otros países, se nos dice, significa que el Estado o las organizaciones sanitarias o sindicales ponen a disposición del asegurado tales o cuales servicios médicos. Pero al cliente, semejante en esto al cliente libre, se le deja libertad para elegir sus médicos, con lo cual el profesional que actúa dentro de los Seguros se mueve por acicates semejantes a los

que estimulan a todo titulado libre. El sistema de Seguros proporciona unos vales teóricamente equivalentes a una cantidad de dinero, y no asigna al cliente a una parroquia determinada. Aquí todo profesional, ingeniero o catedrático o médico, prefiere contar con una asignatura propia o una clientela particular y privada, o un puesto estatal. Así evita toda renovación, todo remozamiento, toda competencia, y vive tranquilo.

Pero la verdad es que en la Historia no se progresa con esa vida tranquila. La existencia es una lucha incómoda, y la vida profesional tiene esta incomodidad no sólo en el aspecto económico, sino en el del perfeccionamiento, el rendimiento y el estímulo. Parece como si la organización secular de nuestro país conspirara contra todo estímulo y reforzara las tendencias innatas a la siesta.

En una época como la nuestra, en que la necesidad de atenuar las diferencias de clase fuerza los resortes de la vida civilizada, y en que la técnica amenaza con reducir a un papel de colonizado al país que no se industrialice con ritmo febril, nuestra misión es romper todas estas trabas tradicionales puestas al espíritu de iniciativa y a la vivificadora entrada en acción de una juventud inquieta.

En este punto hay tanto de justicia realizable como de romántica utopía, y si la justicia se discutiera, alegaríamos todavía razones de conveniencia.

Una sociedad donde las diferencias de clase están atenuadas es una sociedad más estable, en la que hay menos peligro de revolución que allí donde las diferencias son grandes, e irritantes en nuestro siglo.

Quizá la manera de compensar esas diferencias de clase, de reducir y atenuar las contraposiciones violentas, que hoy se toleran mal, es favorecer el progreso de la educación, y muy especialmente de la educación técnica en todos los grados.

Con buenos técnicos seremos dueños de las máquinas, y evitaremos que la mayoría de nuestra población sea de peones, de obreros que, en su ignorancia, no pueden sino producir poco.

Esto no es una utopía, sino sacar en nuestro país las consecuencias de lo que es un desarrollo favorable de la civilización, que se impone en todo el mundo, y que no hay muralla china que pueda impedirnos alcanzar. Y con efectos perjudiciales si nos obstinamos en ser un país atrasado.

No seamos, en ningún estrato social, una sociedad cerrada. Que la educación profesional sirva para pasar a implantar entre nosotros, de la más pacífica de las maneras, una verdadera sociedad abierta. Una sociedad cerrada, en la que cada clase se defiende por una barrera que sólo con tiempo y resistencia económica se puede salvar, es un tipo de sociedad anacrónico y atrasado, y, además, un tipo de sociedad caro y esterilizador.

Pensemos que conviene que los elementos más capacitados puedan pasar siempre a formar en la clase dirigente del país. Pensemos que mediante la educación, la maldición bíblica del trabajo puede atenuarse y contar la sociedad con un elemento más de felicidad: que el trabajo no sea duro ni corporal, que el hombre se redima mediante la máquina, que el tra-

bajo subalterno sirva para pasar a un trabajo con mayor libertad e iniciativa.

A mí me duele, por ejemplo, ver reflejado el atraso y la pobreza de nuestro país en el hecho de que los cargos de subalterno de las bibliotecas sean desempeñados por personal condenado perpetuamente a este trabajo duro y forzosamente mal pagado. Todos los intentos de crear unos sueldos decorosos para este tipo de personal resultan inútiles, pues la verdad es que el rendimiento no es grande. Con qué envidia he visto que en otros países, los Estados Unidos, por ejemplo, muchos de estos cargos subalternos, como también el de camarero en los comedores universitarios, son desempeñados por gente pobre, que así se ayuda a costear sus estudios, y realizan tales labores con la alegría de saber que no están condenados a ellas de por vida. En el trabajo tienen la clave para ascender a una profesión superior, a un trabajo no sólo mejor remunerado, sino más libre y de mayor satisfacción para el espíritu.

Tendamos a dar facilidades para que todo el mundo ascienda. Recordemos que si Aristóteles dijo que el esclavo sería imprescindible hasta que la lanzadera marchara sola, la creación de las máquinas libera al hombre cada vez más de los trabajos materiales, y aun en éstos permite, y hasta exige, que la jornada se abrevie.

Por ello no soy nada pesimista en cuanto al número creciente de estudiantes en las aulas universitarias. Mucha gente da la voz de alarma de que son muchos miles, tal vez el doble que en 1935.

Se acude, en vista de ello, a los cursos selectivos. Ya tenemos uno funcionando para impedir que salgan tantos médicos. Por ese mismo curso han de pasar los aspirantes a farmacéuticos y a licenciados en Ciencias. La Facultad de Derecho ha instaurado también su curso selectivo. Todo eso está bien; está bien en la medida en que se les exige a los estudiantes que mejoren su nivel y su preparación para ulteriores estudios.

Pero debemos preguntarnos qué hacemos con tantos jóvenes a quienes se les cierran las puertas de las Facultades universitarias. Muchos encontrarán en el ejercicio de profesiones particulares, y que no exigen título, el modo de ganarse la vida; pero hemos de reflexionar también si las carreras que se le ofrecen al joven español, con la rigidez de sus planes, con la estereotipación de sus salidas, con la rutina de las enseñanzas, puede bastar para las necesidades continuamente diversificadas de una sociedad moderna.

La carrera de Derecho que se estudia hoy es exactamente la misma que estudiaban nuestros abuelos. Si la Química va ocupando el rango que debe en nuestros estudios universitarios, hay que preguntar qué ocurre todavía con la Física y las Ciencias Naturales. No hay manera de que en la Universidad se oriente al joven a quien su vida le va a imponer deberes de administrador público o de gerente de una empresa. Los técnicos agronómicos, en un número insuficiente, están todos absorbidos por el Estado, y muchas veces desempeñan misiones inspectoras o fiscales, en lugar de aportar su técnica a la producción y al progreso.

Falta gente especializada para el desarrollo de nuestra agricultura, como de nuestra industria, de nuestra

ganadería, de nuestro comercio y economía... Y se habla de plétora en la Universidad. Realmente hay aquí una paradoja cuyo desentrañamiento nos llevará a descubrir dónde está la clave de la mala distribución de nuestros estudiantes, y cómo es un viejo espíritu el que intenta resistir a la revisión necesaria de todas las barreras que se oponen a la pacífica y automática conquista que corresponde a las nuevas generaciones, sin que las que vamos siendo ya pasadas podamos hacer otra cosa que canalizar y orientar la irrupción.

La juventud se encuentra en cada campo profesional con puertas cerradas que guardan el disfrute pacífico de las profesiones entendidas no como servicio, sino como sinecura. Quienes nos preocupamos por la sucesión pacífica de las generaciones, y alcanzamos a percibir en la juventud de ahora encubiertas actitudes de descontento y de inquietud, no hemos de convertirnos en defensores de situaciones *de facto* bastante discutibles.

Veamos dónde está el campo en que los esfuerzos de una juventud inquieta y renovadora son más necesarios y urgentes.

IV. DEFICIT DE TECNICOS

Si la población del mundo aumenta y con ella el número de estudiantes que acuden a los estudios superiores, y si este aumento de población se traduce en la necesidad de tecnificar la producción, y en la de aplicar métodos científicos a la distribución de los bienes de consumo, es evidente que en nuestro país tenemos un número insuficiente de técnicos.

En todos los campos se hace urgente abrir el paso a las nuevas promociones y no obstinarnos en cerrarles el camino con inútiles pruebas, que no tienen otra finalidad que salvar la tranquilidad de los que ya las superaron; pero en el de la técnica persistir así significa un verdadero suicidio.

Urge una nueva distribución de las vocaciones, en la que se multiplique el número de técnicos. Habrá que pensar en abrir varias escuelas técnicas más y en orientar de otra manera los estudios en la Universidad.

Tendemos ahora demasiado a estar orgullosos del carácter arcaico de nuestro pueblo. Nuestra prensa insiste demasiado en la conservación, tantas veces artificiosa y falsa, de las antiguas costumbres. O en que el labriego se mantenga apegado al terruño como en el pasado y tal vez prefiera su rusticidad a la tecnificación. Pero criterios esteticistas no deben encubrir que, en realidad, todo ello es atraso.

Y no olvidemos que una vida económicamente inferior y atrasada, puesta en contacto con tipos de vida superior y más evolucionada, tiene forzosamente que sucumbir. Si persistiéramos en el arcaísmo acentuaríamos cada vez más la posibilidad de no ser más que clientes y colonizados por grandes pueblos industrializados.

Para la necesaria conservación de nuestras virtudes nacionales, para salvar lo que corresponda de nuestro espíritu tradicional, para no ser en el fondo infieles a nuestras formas de vida ancestrales, hay que cambiar profundamente.

Hay que perder el miedo, por ejemplo, a que los

campesinos emigren hacia la ciudad. Con máquinas, en el campo se necesita menos gente. El problema de la acomodación de la máquina, en nuestro agro está apuntando, y son técnicos quienes han de acelerar las soluciones. Por una parte, aumentando los regadíos, para que los brazos tengan ocupación; mas, por otra, preparando a los campesinos a que se transformen en obreros industriales, haciéndose dueños de las máquinas.

Para ello son precisos muchos más técnicos, superiores y medios. Necesitamos un rápido progreso en la evolución técnica de nuestro pueblo. Y no hemos de dejarnos llevar por la literatura vaga que ensalza las virtudes ancestrales, pero deja a nuestra gente en condiciones de inferioridad. No nos entusiasmemos con nuestro atraso, ni en la fácil comparación con la vida doméstica de otros países creamos ventajosa la nuestra. La limitada ventaja de unos está compensada, en una sociedad en que las clases están más próximas y menos separadas por barreras, por el hecho de que el trabajo de una persona puede bastar al sostenimiento de una familia.

Tenemos que avanzar, de modo original, hacia la solución de contraposiciones sociales en una época de graves problemas económicos. Ello no es posible sin el dominio de una serie de ciencias aplicadas poco desarrolladas entre nosotros.

Ante el problema nacional más importante, más grave que todos los problemas políticos, el de nuestro atraso técnico y, por consiguiente, económico y, por consiguiente, social, tenemos que reaccionar con urgencia.

Una tragedia de nuestro pueblo es la de cargar toda la responsabilidad de los problemas nacionales en los políticos. Los políticos toman una y otra vez el peso de las dificultades y fracasos de nuestra vida nacional, pero a través de los regímenes se mantienen los cuadros de mando del país, gobernándolo en su beneficio y mirando, desde la altura de sus puestos, "ganados por oposición" o tras "durísimos ejercicios de ingreso", el fracaso de los políticos, culpables de todo.

No seamos injustos y midamos el poder limitado que tiene casi siempre el político delante de los hechos. Y más cuando los hechos son de naturaleza complicada, pertenecientes al mundo de ciencias, como la economía, o las técnicas. El político se deja guiar de los expertos, y ahí está para cargar con los resultados de dictámenes erróneos o interesados.

El mito de que un puesto de responsabilidad técnica se adquiera para toda la vida mediante una oposición o un examen de ingreso está en contraposición con la realidad de que la verdadera oposición, el verdadero triunfo profesional, dura tanto como la vida y en cada misión que se nos encomienda hacemos una continua reválida. A mí nada me descorazona tanto como el ver que los escalafones y la inamovilidad acorazan al funcionario y al técnico frente a la fiebre—a lo mejor sólo momentánea—del político. Con tal protección, el país queda gobernado en muchos campos vitales por grupos fundamentalmente escépticos, protegidos contra unos jefes que están ahí para cargar con los errores, y que defienden, en primer lugar, lo que consideran vital: los sagrados intereses

del cuerpo a que pertenecen en lugar de pensar en las necesidades del país.

Malo es que la amovilidad ponga al funcionario a merced del mando político; pero si se quiere ver lo que es el extremo contrario, examínese un poco la práctica de nuestra administración en muchas de sus ramas.

Ello proviene de que la selección de los cargos se hace pronto y, como en matrimonio monógamo, para toda la vida. La simultaneidad de puestos y cargos permite la poligamia; pero eso sí, sin divorcio. Todos los empleos para toda la vida es el lema de nuestra administración.

Veamos cómo repercute en nuestra vida estudiantil este espíritu de selección temprana. Por de pronto, las posibilidades que se abren son limitadas: como carreras posibles vienen, en primer lugar, las de médico y abogado; después, si se cuenta con capital para adquirir uno de esos dosificados establecimientos, Farmacia. Si el joven estudiante plantea el problema de hacer una carrera técnica, el desgraciado padre ya sabe lo que le espera: si no es el progenitor de un Pierino Gamba de los problemas, tiene que esperar, pagando costosas academias privadas, cuatro, cinco, seis, siete, doce años. El abanico de carreras que se ofrece a un joven español de clase media acomodada en 1956 se parece bastante (salvo las dificultades resultantes de que la lucha es entre muchos más) al que se abría delante de un joven de 1856.

Ello es gravísimo e insostenible. Luchamos con los jóvenes para que no entren en la Universidad, les hacemos pasar cursos selectivos y creemos que hoy se puede prescindir de amplias masas de estudiantes fracasados, sin más que lanzarlos a luchar con los restos de conocimientos inútiles, que no les han valido para superar esos obstáculos. La agricultura, el comercio, la vida de empresa, hoy no se puede afrontar sin preparación. Urge crear escuelas o Facultades donde se dé preparación adecuada a todos los jóvenes que llegan a la Universidad, y donde se ofrezca a las vocaciones una gama más rica, en lugar de la anquilosada de media docena de caminos trillados.

Algunos pasos se han dado, como el de la concesión de pleno valor al título de químico industrial, o la creación de licenciaturas en lenguas modernas. Pero reconocamos que nuestra imaginación es tímida y que nos cuesta salir de los cuadros de la rutina. La ley de especialidades médicas, que se aprobó en el pasado año, puede ser un estimulante de las Facultades universitarias, como también de otros centros sanitarios oficiales y privados. Se abre así una ventana a la especialización de numerosos jóvenes médicos, harto preocupados en muchos casos con el problema de su colocación inmediata.

Pero el problema es mucho más amplio, y en él está la clave de nuestra misma perduración como nación. Tenemos en España un grave problema económico y social, un problema de atraso de siglos que en su integridad no se puede decir sea un problema de enseñanza. Pero sí corresponde a la enseñanza plantear el problema en sus términos y preparar a los españoles para la solución.

En la Universidad y en las escuelas técnicas está esa clave. Con la ventaja, desde el punto de vista social,

de que en la Universidad, a pesar de la barrera del Bachillerato y de los cursos selectivos, no es tan difícil ir superando las barreras entre los distintos grados, y con su esfuerzo, un practicante puede llegar a médico, o un modesto secretario municipal de última categoría, mal que bien, a abogado.

Es evidente que ahí está un estímulo y un medio de nivelación social que no se halla en otros centros de enseñanza superiores, y precisamente cuando en los países que van a la cabeza del desarrollo industrial, el paso de obrero a ingeniero es frecuente y de rendimiento para la economía.

Vuelvo a tocar un problema vidrioso; pero es evidente que en el mundo moderno hay que abrir caminos que lleven a los grados superiores de la enseñanza técnica y científica, a través del trabajo. Es absurdo que nos obstinemos en mantener como única puerta para las profesiones técnicas el Bachillerato, con latín y todo. Para ser un buen técnico seguro que

conviene más saber manejar el martillo que los problemas teóricos. Me parece que por ahí se resolvería el problema de modo más eficaz que con ostentosos centros *ad hoc*. Una adaptación de los caminos antiguos a las nuevas exigencias sociales es lo que puede resolver radicalmente el problema de la selección de las clases superiores por los méritos de la inteligencia y el tesón.

Naturalmente que en la serie de afirmaciones que llevo hechas habrá muchas discutibles, y no es ahora el momento de levantar polémica. Si he tocado aspectos en los que me reconozco sin autoridad de especialista, lo he hecho con la honda preocupación de quien ve la vida nacional agobiada por nuestro atraso técnico, económico y social. Como el aspecto técnico condiciona el económico, y éste el social, la reforma progresiva e incesante de nuestra enseñanza deshará las castas que empobrecen y sofocan nuestra vida administrativa y hacen desesperante nuestra existencia política.

Prejuicios pedagógicos

MANUEL CARDENAL IRACHETA

Creo que fué el español Séneca quien dijo aquello de: *non scholae sed vitae docemus*: nuestra enseñanza no es para la escuela sino para la vida. La sentencia, arrancada de su contexto, en el que tendría su sentido exacto, y traída como suele ser a cuento, sin más, no es clara. Por lo pronto, al convertirse en frase vulgar, al banalizarse, se ha vuelto imprecisa y oscura, habría que definir qué es eso de la escuela, y, además, qué se entiende por vida. El concepto de vida es tan amplio, que precisarlo requeriría complicadísimos análisis.

Sin embargo, al tratar entre nosotros de cuestiones pedagógicas será difícil que no se revele una cierta actitud muy conforme con la sentencia senequista, una actitud que se revelaría hostil a la escuela (1), confundiendo con la enseñanza teórica, como si ésta no tuviera que ver, o tuviera poco que ver, con la vida. El español está lleno ahora de urgencias e imprescindibilidades. Lo estuvo siempre. Ya Rey Pastor ha hecho notar que en nuestro Siglo de Oro se escribieron muchas aritméticas para sastres y pocos libros de matemáticas puras. Ese paso atrás ante la perentoriedad de la vida, de donde nace la ciencia, requiere un genio especial.

Entre dos extremos se produce la cultura, y dentro de la cultura, específicamente, lo que llamamos saber

humano: entre el apego excesivo ante la incitación sensible y el alejamiento del místico. En el primer caso el hombre busca recetas de momento para salir del paso; en el segundo, su éxtasis le sume en la mudez absorta, en la total inexpresividad. No, la teoría no está fuera de la vida, está en la escuela, que es parte de la vida, y justamente es el sitio donde se cultivan las teorías que no son sino flor de la vida culta.

Hay, naturalmente, una instancia inmediata de la vida que pide ser resuelta al momento. Y hay modos vulgares, cotidianos, de resolver esa instancia. El hombre de la calle—y el buen padre de familia que quiere que su hijo valga para la vida—piden una educación práctica, enderezada a esas instancias. Lo práctico tiene un doble sentido: el sentido de lo útil y el sentido de lo hacedero. Lo útil es lo aplicable, lo instrumental, se refiere al éxito inmediato. Util es, por ejemplo, que una mujer sepa hacer un guiso o, también, que sepa componer un aparato de radio. Se entiende por hacedero aquello que puede hacerse con facilidad, aquello que se puede realizar, más que por conocer las leyes que lo rigen, por tener a la mano los trucos que lo constituyen, como de hecho ocurre en los ejemplos aludidos. Saber, realmente saber qué ocurre cuando se hace un guiso, o cuando funciona un aparato de radio, es complicado, requiere "mucho teoría". Pero en un horizonte de inmediatez, las cosas parecen fáciles en cuanto no salimos del conocimiento vulgar y nos mantenemos en la susodicha actitud "práctica".

(1) Usamos la palabra escuela en su más amplio sentido, que abarca desde la escuela primaria a las más altas instituciones docentes.